

Trieste no tiene tradición de cultura

Trieste has no cultural tradition

Scipio Slataper

(Trieste, 1888 – Monte Calvario, 1915)

Texto traducido y publicado el 30/01/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

Los artículos de Scipio Slataper (Trieste, 1888 – Monte Calvario, 1915), aparecidos originariamente en *La Voce* de Giuseppe Prezzolini y más tarde reunidos con el título de *Lettere triestine*, convirtieron a su autor en uno de los más agudos críticos de las teorías irredentistas italianas. Ejemplo de ello es este artículo publicado el 11 de febrero de 1909, “Trieste non ha tradizioni di cultura”, en el que Slataper ataca de forma directa lo que consideraba el talón de Aquiles de la idea del irredentismo juliano, la falta de una tradición cultural de la ciudad juliana, justamente uno de los pilares en los que burguesía más exaltada basaba su italianidad. La fuerte animadversión que provocaron sus textos periodísticos no evitó que tres años más tarde, en 1912, tras la publicación de su única novela, *Il mio Carso*, se convirtiera en una de las figuras prominentes de la generación triestina anterior a la guerra. Pese a su posición contraria a la mistificación ideológica irredentista, se alistó como voluntario en el ejército italiano y combatió en el frente de Gorizia, donde encontró la muerte a los veintiséis años.

Casi la misma relación que hay entre Parsifal y Herzloyde se da en la cultura en Trieste.

Esta Trieste, desde hace decenios, se cree una ciudad importante. Se ha despertado un día entre una caja de cítricos y un saco de café, pensando que debería –por su salud– organizar su vida con un ritmo distinto al resoplar de una máquina, y aligerarla no solo con la melodía del agente en los bolsillos del grandísimo chaleco. Ciudad de tráfico, vale: pero también Venecia y también Génova lo son. Y también, maldita sea, Florencia, en los tiempos de Dante y Poliziano.

Y aun más en ella, a diferencia de Venecia, de Génova y de Florencia, la lucha por la propia nacionalidad –se da cuenta al desperetarse– debería ser creadora de cultura. Por suerte: porque casi prácticamente es la resistencia intelectual la única capaz de frenar el gran impulso de penetración, entusiasta, de los eslavos. Por eso he visto con alegría que algo se mueve en ella: fragmentado, confuso, a veces febril: algo fuera de sitio. Y su alma materna sufre arrepintiéndose de no haberlo aprendido para enseñárselo: he aquí a Herzloyde: si no se le rompe el corazón es también porque el joven Parsifal triestino no tiene todavía la fuerza de partir, además de por no saber el camino: Trieste lo creó con un alma demasiado débil. Va por el bosque, y se da de bruces con los árboles; sale, ¡y son tantas los caminos que llevan a la corte del rey Arturo! Mientras que una vez... pero aquello que pasó entonces, hace tiempo, lo veremos enseguida.

Pueblecito cárnico celta, bajo los romanos pequeño municipio sofocado por la gran vida de Aquilea: municipio medieval que, apenas salido de la servidumbre arzobispal, debe rendir tributo y homenaje a Venecia, no se desarrolla como verdadera ciudad hasta un poco más tarde: cuando el emperador Carlos VI lo elige como emporio austriaco en el Adriático, proclamando franco su puerto. Y es todavía bajo María Terese cuando se extiende la franquicia aduanera a toda la ciudad, de modo que las mercancías no fueran solo de paso. Unas pocas cifras: en 1717 (proclamación del puerto franco), 5.600 habitantes; en 1808, 33.020; una caída de casi 13 mil bajo el dominio francés, para volver a ascender a 39.510 en 1818. En

1844 (Lloyd se ha fundado hace 8 años) 75.000; en 1857 (Trieste ya se ha enlazado en tren con el Mar del Norte hace 20 años) 123.108 habitantes; en 1908 cuenta con 220.000. Así es que un aumento de 187 mil personas en un siglo; en dos, se puede decir, la formación completa de la ciudad. Y solo la inmigración puede explicar este hecho.

Pero –ha de decirse– debido a su posición geográfica, comercial, étnica, Trieste no se aumentó con italianos, con connacionales, como ha sucedido en muchas ciudades de la península; sino que absorbió gente llegada de todo el mundo, seducida por la facilidad de obtener ganancias y por todos los privilegios y garantías tentadoras que Carlos VI –sabio cazador– había auspiciado.

Y ya que la ciudad favorecía con alegría, en todos los sentidos, este híbrido desarrollo suyo, no tuvo escrúpulos –como quiso María Teresa– en aceptar a nuevos ciudadanos: tanto que fue un verdadero asilo de malhechores. ¡Entiendo que tenía a Roma como ejemplo! Pero es simpático ver cómo en algunas preguntas para obtener la ciudadanía, publicadas por Giuseppe Caprin, sea suficiente recomendación el tener tratos con policías extranjeros. Y se entiende que Corfù no pueda tener una tradición intelectual.

Pero incluso dejando pasar tal hecho de no poca importancia, los muchos millares de inmigrantes extranjeros y comerciantes no eran ciertamente elementos de cultura para la ciudad: tanto más que la patente de Carlos VI los dispensaba completamente de los honores y de los cargas de la vida ciudadana. ¿Cargas? Oh, entonces sí que los indígenas supieron obtener de María Teresa la igualdad de derechos y de deberes: y el Borgo Teresiano, verdadera ciudad alemana dependiente de la ciudad italiana, fue incorporada a Trieste. Y tuvo (y todavía tiene, en su propia bien) la virtud de asimilar tan indigesto bocado: pero, ¿cómo se puede pensar en la formación de una intelectualidad ciudadana cuando buena parte de las familias no son ni triestinas ni italianas? Nuestros nombres (¡el mío, eslavo puro!) lo demuestran.

Y luego asimilación, sí, pero, naturalmente, con tiempo. Cada concreta nacionalidad vivía su propia vida: tenía sus cafés, sus círculos, su ambiente.

Estas eran las condiciones de vida. Pero poco demostraría, y en parte sería indiferente, si no fuese la causa que domina a todas y cae como una lluvia gris sobre nuestra historia el carácter esencialmente comercial de Trieste. Mercurio, como en el siglo XVII en nuestros palacios y en nuestros nichos (¡se cuestionó si de debía poner también en el nuevo teatro!), nos gobernó siempre.

La importancia de Trieste se debe a victorias comerciales: vive de la destrucción de Aquilea, y la decadencia de Venecia es luz del alba para ella. Sabe ser buena abogada de sus intereses, obtener inmunidad aduanera, ferrocarriles; combate –y a veces valerosamente– cuando es amenazada su riqueza; pero no sabe defender su bello dialecto ladino, ni sus costumbres, ni sus fiestas características. Porque Trieste por un instante posee –y parece por varios motivos que pueda expresar– una propia naturaleza, diferente en muchos aspectos a otros municipios italianos. Y si no con un impulso independiente ni con igual valor, es cierto que Trieste habría sido capaz de participar en la magnífica producción literaria italiana. Pero tenía el alma demasiado baja, ahogada por el sentido económico, de forma que no podía albergar más altas aspiraciones, y era tan obtusa como para no intuir que el desarrollo material en un cierto punto no prospera sin el concurso de la fuerza intelectual. Por ello la historia de Trieste está helada: sin un atisbo de idealismo, sin necesidad de arte, sin afecto de espíritu. Encadenada por la obsesión del beneficio, no supo mirar más allá con un poco de fantasía y valor ni siquiera para abrir nuevas vías a su comercio; no tuvo ni siquiera en el XVIII un Cristóbal Colón o un Marco Polo. La ciudad no posee

ni un solo cuadro de un autor antiguo (me equivoco: ¿tiene uno *atribuido* a Giotto!) o un palacio de buena construcción: porque no solo no fue capaz de producirlo, ¡sino que ni siquiera de pagarlo –aunque hubiera podido hacerlo, de haberlo querido!

Istria es muy superior; por ello es para ella un gran daño la absorbente importancia de Trieste como centro o capital, o capital del litoral y de la provincia de Istria según el dominio o de María Teresa o de Napoleón o de Francisco I. O como hermana mayor, tal y como –no sé por qué– Istria se llama hoy. Ella, por el contrario, tiene una tradición de heroísmo prerromano y de arte veneciano: nosotros, nada: los genoveses nos robaron con razón el león de San Marcos: en Trieste no tiene significado.

Es triste recorrer su vida: ¿siente necesidad de independencia, de desvincularse del dominio de los arzobispos? Compra, y con frecuencia, su libertad. En 1369 Venecia la asedia duramente por espacio de seis meses; rendirse supone perder su vida mercantil, y entonces se ofrece a todos: a Leopoldo III, a los patriarcas de Aquilea, a los Carrara de Padua, a los Visconti, a Luis de Hungría, a Carlos IV. En vano: le hacen ojitos y fuera. Vuelve a silbarle a Leopoldo III, quien finalmente viene, pero infructuosamente. ¿Conocéis la “saica” la *Bella Carintiana*? Era un barco todo de madera dulce, inventado en Trieste, que se vendía a sí mismo junto a toda su mercancía para no tener que hacer, ya sin mercancía y utilidad, la vuelta de regreso a casa. Trieste es una “saica” a través de los siglos: no quiero con ello decir que sea la Bella Carintiana.

Sin embargo, es una cosmopolita inteligente: comprende que Venecia ha reconocido su independencia en la paz de Turín (1381) solo porque estaba un poco mala: y piensa que se encuentra preparada para lo que venga. ¿Se arma? No. Y ni siquiera se da a los patriarcas de Aquilea, que eran sus defensores naturales, agotados de peleas, de guerras, de deudas. Vuelve a pensar sin embargo en el duque Leopoldo III; y su segunda abnegada entrega a la casa de Austria es una obra maestra de audacia. La experiencia enseñaba que no era suficiente aceptar el señorío de Austria para conseguir defensa: hacía falta su dominio: Trieste es su tierra, los intereses de Trieste son los suyos. Y entonces verdadera ayuda de armas y soldados: también incremento comercial. Porque solo la casa de Austria podía obligar a los habitantes del interior a dirigirse con sus mercancías a Trieste. Pero respetaba su autonomía y su gobierno municipal, eso sí, y con firmeza. Pero también en ese momento verdaderamente hermoso (tal vez el único) en que Trieste defendió con sangre la tradición de su municipio, no están con ella todos los ciudadanos. Muchos entonces tenderos, tenderos, tenderos.

Dijo un triestino hace unos pocos lustros en recuerdo de Dall’Ongaro: “Aquí, si hubiese nacido flor habría hecho negocio”. Por desgracia, es así. Un ejemplo: a principios del siglo XVIII había tres tipografías en Trieste: eran para uso interno, para imprimir boletines comerciales y anuncios; para uso externo imprimían las diatribas de prófugos políticos sin interesarse por ellas, solo por dinero. Aún más: en 1910 aparece –por obra de Domenico Rossetti, extranjero– el *Gabinetto di Minerva*: Minerva médica, vacunadora de niños, botánica, académica y también literaria. No importa: Minerva. Después de unos pocos años las conferencias, las exposiciones artísticas, los concursos promovidos por ella se tienen que convertir en concursos de escritos comerciales. Igualmente, aquel movimiento de mediados del siglo pasado representado por *Favilla* es la obra individual de Madonizza, Orlandini, Dall’Ongaro, Gazzoletti y uno pocos más. Y también ellos, para hacer leer los artículos un poco más serios, tienen que animar al público con prácticas chácharas de moda y de comercio.

“Una mínima chispa da una gran llama”, era el eslogan del folio. ¿Dónde está la llama? Si dos o tres de ellos se acuerdan es por su actividad en el reino: los demás, que se han quedado en Trieste, desconocidos u olvidados. Y fue entonces la segunda vez en la que todo parecía indicar la posibilidad de una vida científica.

Nada, nunca. Y de ahí el lógico éxodo –¡tan nocivo!– de nuestros mejores espíritus: todavía dura, incluso favorecido –¡que nos lo muestre Dall’Ongaro!– por causas políticas.

Qué es, pues, una ciudad cargada con tal lastre histórico de higos secos y algarrobas, y con las piernas embarradas por la esclavitud política, y el alma tan heterogénea que los elementos primeros se fugan para no dispersarse, lo veremos pronto en otros artículos. Dirán cosas simples, como esto: fragmentos para un triestino cualquiera que haya leído tres o cuatro libros importantes sobre su historia y –especialmente– mirado con seria y sincera atención alrededor suyo y en sí mismo; cosas simples, pero sin miedo. Ni siquiera el de hablar a las personas, o a los connacionales del reino, que conozcan demasiado a fondo el tema.

Traducción de Juan Pérez Andrés